

I



HOMENAJE

A

JOSELITO

JOSELITO, PARADIGMA DEL CLASICISMO

Juan Manuel Albendéa
Fundación de Estudios Taurinos



El diccionario de la Academia en su primera acepción, del vocablo *clásico* lo define así: «Dícese del autor o de la obra que se tiene por modelo digno de imitación en cualquier literatura o arte». Cuando don José de la Tixera escribe la *Tauromaquia de Pepe Hillo*, sitúa al diestro sevillano como autor de su obra. Lo mismo hace *Aben-Amar* con la *Tauromaquia de Paquiro*. No puede seguir Gregorio Corrochano similar pauta con su más emblemática obra *¿Qué es torear?* porque, cuando la escribe, hace más de veinte años que *Bailaor* ha segado la vida de José. Pero, pese al largo tiempo transcurrido, y haber visto con su penetrante ojo crítico a muchísimos toreros posteriores, no duda en subtítular su obra con ejemplar fidelidad a una firme convicción: *Introducción a la Tauromaquia de 'Joselito'*, o sea la plena identificación entre la preceptiva y el autor. No olvidemos que Corrochano ha sido testigo de excepción de la paulatina maduración de la técnica en el toreo revolucionario de Juan Belmonte, del que escribió numerosas crónicas ditirámbicas, hasta su misma retirada el año treinta y cinco. Sin embargo, cuando ha de explicar su teoría, se remonta treinta años atrás y acude a José. ¡Con la evolución que había experimentado el toreo en tan dilatado periodo!

Predicar como paradigma del torero la figura de *Joselito* es fácil, si somos capaces de convenir cuáles son los factores que deben predominar en la concepción y en la ejecutoria del torero ideal. Sin duda alguna, la primera es la vocación. Entendida, hasta tal límite, que para el sujeto la vida no tiene sentido si no es para satisfacer ese anhelo. La segunda es la dedicación plena a dicha actividad. Lo que, con neologismo en boga, llamaríamos profesionalidad. La tercera es la ambición: «¡Nadie me gana la pelea!». Otros factores, fundamentales también, pero más difíciles de aprehender, son la inteligencia, el valor, la estética...

La vocación en *Joselito* es tan profunda, está tan inmersa en su personalidad y se manifiesta tan prematura, que a los seis años empieza a faltar al colegio de la calle Feria para refugiarse en la Huerta del Médico, en plena Barqueta, junto al río, donde los mozuelos, mayores que él, tratan de provocar la embestida de unas vacas mansas que allí pastan a las que poder dar unos capotazos. Cuando ello no es posible, es *Diana* —una perra de aguas— la que sirve para ensayar en el paseo de La Alameda toda clase de lances.

Joselito no podía ser otra cosa que torero. Juan Posada ha escrito que «*Joselito*, dios del Olimpo, fué enviado a la Tierra para que pusiera en vereda a los hombres que practicaban el sacrificio del toro...» Alguien dijo de *Joselito* que era «el español que mejor conocía su oficio». Agustín Díaz Yanes se ha preguntado, en el número 0 de esta misma *Revista*, qué hubiera sido de la Tauromaquia sin la revolución de Belmonte. Y contesta que, probablemente, hubiera desaparecido. Y hubiera desaparecido porque con *Joselito* había llegado al límite de la perfección. No se podía avanzar más en el conocimiento de los toros ni en la ejecución de las suertes, conforme se concebía el toreo, cuando *Gallito* tomó la alternativa en 1912.



Fig. nº 1.— Palau, G.: José Gómez Ortega «Gallito». Oleo sobre lienzo, 216 x 110 cms., Sevilla, Museo Taurino de la Real Maestranza de Caballería. Cartel del centenario del nacimiento de Joselito.

De una vocación arraigada, en cualquier actividad, se desprende siempre un componente ético que se expresa, muy gráficamente, en un término que el lenguaje social ha tomado, precisamente, del mundo de los toros: *vergüenza torera*. Por ejemplo, cuando *Joselito* va a debutar en Madrid como novillero acude a los corrales de la plaza a conocer a sus enemigos. La novillada le parece chica y, exige para lidiarla, una corrida de toros de Olea que se encuentra en un corral vecino. O se le cambia el ganado, o él no torea. Su dignidad —su *vergüenza torera*— no le permite presentarse ante el público madrileño con un encierro de, a su juicio, escaso trapío. En su sólo siete temporadas completas de matador de toros, *Joselito* se encerró en veintidos ocasiones



Fig. nº 2.— Retrato de *Joselito* (Apud.: *La Lidia*, nº extraordinario, 1914).

con seis toros, y en casi todas ellas mató también el sobrero. Ese derroche de facultades y de entrega no lo consideraba un gesto. Era una actitud vital, un desbordamiento de una vocación sin límites. Jamás rehusó una ganadería por considerarla difícil.

Mató en su corta carrera cuarenta y tres corridas de Miura —hasta ocho en alguna temporada— y no objetó nunca alternar con su principal rival, Juan Belmonte, que había trastocado todos los cánones en los que José basaba su omnipotencia. Juntos torearon 257 tardes, más que con ningún otro diestro, lo que pone de relieve la autenticidad de una competencia sin parangón en la historia del toreo.



Fig. nº 3.— Salvatella, M. S.: *Gano la apuesta*, Oleo sobre lienzo, 0,74 x 0,54 ms., Sevilla, Museo Taurino de la Real Maestranza de Caballería.

La vocación se ve, sin duda, favorecida por unas cualidades excepcionales para encauzarla. No fue *Joselito* un genio del toreo como Belmonte. Fue un maestro de saber enciclopédico. Saber que más que humano; parecía de origen sobrenatural. Se lo decía ya Corrochano en una crónica en

1915: «*Joselito*, sólo *Joselito* nos quedó en la corrida de ayer. Desde la muerte del séptimo toro, la gente no hablaba de otra cosa, y a cada momento se producía la ovación, y apenas nos enterábamos ya de lo que pasaba. ¡Y es que no es de ayer, señores! Es una labor larga, constante, una y otra tarde, habiendo o no toro, con el manso, con el bravo, con el grande, con el chico, con todo lo que le echan por los toriles. Y las dudas se acaban y las pasiones se templan, que siempre sale valiente, siempre torero, siempre trabajador, siempre maestro; pero maestro con las arrogancias y bravuconerías de principiante, que principiante es, puesto que corre el tercer año de alternativa, que no es maestro por la edad, sino por inspiración divina». Cuando don Gregorio le otorga el título de maestro, José no ha cumplido todavía los veinte años. Pero *Joselito* ha nacido sabiendo. «¿Quién le ha enseñado a usted a torear? —le preguntó un día *El Caballero Audaz*—. Nadie —contestó José— El toreo no se aprende. Yo no había visto jamás un toro de lidia, y la primera vez que me puse delante de él hice las mismas suertes que hago hoy. Es una cosa especial que uno no sabe explicarse, y es que parece que ya estuvo uno en otro mundo, donde le enseñaron a torear».

Habíamos convenido que la dedicación plena, el no vivir sino para la profesión, era otra característica del torero ideal, dedicación que en *Joselito* alcanzaba el paroxismo, como una pasión. En el campo dejaba las vacas fáciles a los de la tapia y el se reservaba las difíciles, con las que podía aprender. Era torero en la plaza y en la calle.

Sobre su atuendo —traje corto, camisa almidonada y bordada, sombrero de ala ancha— se expresó con rotundidad: «El torero debe vestir siempre como torero; lo demás son cursilerías y pamplinas... O se es torero o se es diplomático...». José



Fig. nº 4.— Joselito toreando en la plaza de Talavera de la Reina el triste día de su muerte (Apud.: Carretero, 1929: 60).

no concebía tener un *hobby*, cualquier distracción. En la misma entrevista le preguntó *El Caballero Audaz* si le gustaba conducir automóviles, algo novedoso en 1915 y atractivo para un muchacho de veinte años. «Sí; pero, vamos, no es una gran cosa... Yo creo que los toros no me dejan a mí sitio para que me guste nada del mundo». Está claro que el toreo y el universo eran para José la misma cosa.



Fig. nº 5.— Una imagen deportiva de José Gómez Ortega, *Joselito el Gallo*, al volante de un cabriolet (Apud.: *El Ruedo*, 1945, nº 41).

La ambición es el tercer factor en el que —según hemos convenido— confluyen las exigencias del torero ideal. *Joselito* no consentía que nadie le ganara la pelea. Para conseguirlo había que hacer un esfuerzo ciclópeo, y José lo hizo. Cuenta Corrochano que en Valencia le salió un toro que él intuyó que estaba toreado. En cuanto volvió a Sevilla pidió encerrarse con

media docena de vacas toreadas, para aprender cómo se debe enfocar la difícil lidia de un toro con esas dificultades.



Fig. nº 6.— La *Macarena* vestida de luto por la muerte de *Joselito* (Apud.: Claramunt, 1988: 61).

José, que según sus biógrafos, debió de ser un hombre de actitudes y costumbres sencillas en su vida privada, tenía un carácter dominador, y en lo referente al toro de una soberbia sin límites. El día de la retirada de *Bombita*, al terminar éste de



Fig. nº 7.— Baldomero: Mesa revuelta dedicada a "Joselito", realizada en subrayando las efemérides más señaladas de su vida de torero (Apud.:



formato de tarjeta postal, y editada después de su muerte en Talavera, Martínez-Novillo, 1991: 35)

matar su último toro, le dijo a José: «Yo acabo de terminar mi vida de torero. No me ofrezcas banderillas en el último toro». Cuando tocan a banderillas en el octavo toro, José se dirige a Ricardo y le ofrece los palos. El público aplaude aquél gesto de compañerismo sin conocer los antecedentes. Ricardo sale por delante y coloca un par de banderillas «con su estilo adocenado» enjuicia Gustavo del Barco, para quien «*Joselito* clava los palos en el morrillo, en un alarde de pujanza maravillosa, de facultades de prodigio y de ejecución perfecta». José que ha conseguido retirar de los toros a *Bombita* y a *Machaquito* no hace la menor concesión a su hegemonía ni siquiera en el emocionante momento de la despedida. Todo ello a pesar de que un cronista de la categoría de *Don Pio* hubiese ya escrito en una crónica algo tan demoledor para el diestro de Tomares como esto: «para que *Bombita* llegue a ser tan bueno como *Gallito* se necesitaría que aquél volviera a nacer, y con él y empalmados con él, viniesen a este perro mundo 3.700.539 *Bombitas*». Cossío se plantea si, cuando *Joselito* comenzaba, pudo fijarse como proyecto de carrera a imitar, la de su hermano Rafael, para concluir que «era demasiado ambicioso para resignarse a una valoración torera, por súbita y refinada que fuera, que no llevara consigo el poder y el mando». Y Bergamín —joselista— lo califica de «Luzbel adolescente, caído por orgullo de su luminosa inteligencia viva».

El clasicismo de *Joselito* tiene su más firme apoyo en la perfección. La perfección se alcanza en el respeto absoluto a las normas. Para Néstor Luján «*Joselito* fué el último gran torero de la Fiesta... porque representa los valores inmutables del toreo... el triunfo de la medida sobre la improvisación, la rotundidad de las virtudes pitagóricas sobre el azar valeroso». Nosotros preferiríamos matizar que fue el último gran torero

clásico de la Fiesta. El toreo imperante en el siglo XIX acaba con José, precisamente por haber alcanzado el culmen, el *non plus ultra*.

Pero el clasicismo de *Joselito* no significó inmovilismo. Su privilegiada inteligencia le permitió evolucionar —sin renunciar a la ortodoxia— hasta superar el viejo aforismo «si no te quitas tú te quita el toro» y, en lenta metamorfosis, converger en el predominio del toreo de los brazos sobre las piernas, en clara aproximación a la revolución belmontina: de igual manera, Juan Belmonte, del que había dicho *Guerrita* que «el que quiera verlo que se dé prisa», asimiló de José, la técnica lidiadora, y ambos, elaboraron la Tauromaquia al cénit de su historia. Así lo proclamaron los versos de Bergamín:

«En José estuvo el soplo
y en Juan la brasa;
y en los dos encendida
la llamarada.
Por eso fueron
José y Juan, los dos juntos,
todo el toreo».

